

## XI

Córdoba, la ciudad de Abdherramán, la Meca de Occidente, la que fué maestra del género humano, la vieja andaluza, que aún se engalana con algunos restos de su antigua grandeza; todavía hermosa, á pesar de los siglos guerreros que han pasado por ella; ya sin Zahara, sin academias, sin pensiles, sin aquellas doscientas mil casas de que hablan los cronistas árabes; sin califa, sin sabios, pero orgullosa aún de su mezquita-catedral, la de las ochocientas columnas; triste y religiosa, habiendo sustituido el bullicio de sus bazares con el culto de sus sesentas iglesias y sus cuarenta conventos; siempre poética y no menos rica en la decadencia cristiana que en el apogeo musulmán; ciudad que hasta en los más pequeños accidentes lleva el sello de los siglos; tortuosa, arrugada, defendiéndose de la luz como si quisiera ocultar su vejez; escondida en sus interiores, donde guarda innumerables maravillas, y siempre asustada al paso del transeunte; protectora de los enamorados, para quienes ha hecho sus mil rejas y ha obscurecido sus calles; devota y coqueta á la vez, porque cubre con sus joyas las imágenes sagradas, y se engalana y perfuma aún con los jazmines de sus patios... Tal era la ciudad que había estado entregada por tres días á la bru-

tal codicia de los soldados de Dupont. Este desgraciado caudillo, que desde entonces comenzó á sentir la indecisión y el aturdimiento que le acompañaron hasta capitular, temeroso de ser sorprendido allí por las tropas de Castaños, se retiró el 16 de Junio, dirigiéndose a Andújar, desde donde pidió refuerzos á Madrid.

El 18 entramos nosotros en la ciudad saqueada, aún llena de mortal espanto. Aún no había sido lavada la sangre que manchaba sus calles, ni sabían exactamente los cordobeses á ciencia cierta el dinero y cantidad de alhajas que les habían robado. Antes que en contar lo que les quedaba pensaron en armarse, y si antes habían ido á la lucha los campesinos, siguiendo á los regimientos provinciales y las milicias urbanas, después del saqueo todas las clases de la sociedad se apercibieron para lo que más que la guerra era un ciego plan de exterminio, pues no se decía *vamos á la guerra*, sino *á matar franceses*.

Desde que entré en la desgraciada ciudad, á la emoción producida por el espectáculo del reciente desastre se agregaba la que yo sentía por asuntos de mi propia cuenta, y por la supuesta proximidad á quien era el faro de mi vida. Así es que luego que el Conde y los de la comitiva nos arreglamos en una de las mejores posadas, salí con objeto de buscar la casa de la señora Amaranta y de su tía, lo cual érame sumamente fácil, por haber visto los sobrescritos de las cartas que traíamos para aquellas personas. Las doce serian cuando llegué á la calle

de la Espartería, donde era la residencia de la tía de Amaranta. En lo sucesivo, y para evitar confusiones, ya que no puedo nombrarla con su verdadero nombre, usaré el título convencional de Marquesa de Leiva.

Cuando di los primeros aldabonazos en la puerta, parecíame que golpeaba en mi propio corazón. ¿Estaría allí Inés? ¿Estaría allí, ya olvidada de que antes existiera en el mundo un chico llamado Gabriel, arcabuceado por los franceses? Y si estaba y de improviso me veía, ¿no era posible que se me presentara deslumbrada por los esplendores de su nueva posición, y que á la palidez de la primera sorpresa sucediera en su rostro el rubor de haberme amado? ¿Se acercaba el momento de que yo cayese de la inconmensurable altura de mi fatuidad amorosa, encontrando una sonrisa de desdén y la mano de un criado que me pusiera en la calle? ¿Por ventura el trance que me esperaba era hermano gemelo de aquella otra gran caída ocurrida en el Escorial, cuando por el favor de Amaranta soñaba con los primeros puestos de la Nación? ¿Bajaría mi alma desde príncipe á lacayo, como poco antes bajó mi ambición?

Abrióme la puerta un criado conocido, á quien rogué me llevase á presencia de mi antigua ama la señora Condesa. Mientras atravesábamos el patio, buscaba afanosamente algún objeto que me indicase la proximidad de Inés. Como olfatea el perro el rastro de su amo, así aspiraba yo las emanaciones de la casa buscando el aire que había sido aliento de aquella

naturaleza querida. No oí su voz, ni sentí sus pasos, ni ví cosa alguna que tuviera las huellas de su mano. A mí se me antojaba que en cualquier objeto podía notar un sello especial que indicara pertenecerle. Pero en nada de lo que vieron mis ojos encontré la huella indefinible que debía tener todo aquello en que Inés pusiera los suyos. Esto se comprende y no se explica. El corazón es el único adivino, y el mío me dijo que Inés no estaba allí.

El patio era fresco y risueño, como todos los de las buenas casas de Andalucía. Entre los jazmines reales, que abrazándose á una columna ostentaban sus mil florecillas llenas del perfume más grato á los enamorados; entre los naranjos de la China, graciosas miniaturas del naranjo común; entre los rosales de la tierra y esos claveles indígenas, cuya imperial hermosura no ha logrado eclipsar ninguna de las elegantes flores modernas; entre los tiestos de reseda, de mejorana, de albahaca y de sándalo, saltaban los chorros de una fuente habladora, con cuyo monólogo se concertaba el canto de algunos pájaros prisioneros en doradas jaulas. El pavimento era de mármol y los zócalos de azulejos; sobre éstos, y cubriendo gran parte de la pared, había cuadros al óleo de aquella escuela andaluza que ha llevado á los lienzos el tono caliente de la tierra, la esplendor de la inflamada atmósfera y la agraciada melancolía de los semblantes.

Afortunadamente para mí, Amaranta se dignó recibirme. Estaba en una sala baja, fresca y obscura, y cuando yo entré se ocupa-

ba en armar unas flores de altar. ¿Se había entregado á la devoción? Vestía completamente de blanco, y á la exigencia de la moda se unía el rigor de la estación para que aquel ligero traje fuera nada más que lo absolutamente necesario para cubrir su hermoso cuerpo. Entonces, entre las miradas de fuera y el pudor interno no se ponía tan gran baluarte de telas como se pone hoy.

Abrumadoramente hermosa estaba, y sus ojos negros, que eran, como otra vez he dicho, los primeros ojos del mundo, es decir, los Bonapartes de la mirada humana, conquistaban al punto todo aquello á que dirigían su pupila. Sentí en su presencia mucha cortedad, gran turbación; sentíme sin ideas y sin palabra.

—¿Qué vienes á buscar aquí?—me dijo.

—Señora, he venido á Córdoba para afiliarme en el ejército del General Castaños, y sabiendo que Su Excelencia y apreciable familia estaban en esta población, he querido visitar á mi antigua y querida ama.

—Eres tan hipócrita como intrigantuelo y trapisondista—repuso entre severa y amable.

—¿Con que me tienes ley? ¿Por qué te portaste tan mal conmigo?

—Señora—exclamé, haciendo aspavientos de respeto.—¡Yo portarme mal! ¡Si no podré olvidar nunca lo bien que estaba al servicio de Su Excelencia!

—¿Quieres ser otra vez mi criado?—me preguntó.

Esta proposición cayó sobre mí como un rayo. Pensé en Inés, en el repentino engrande-

cimiento de la que había juzgado compañera de mi existencia, y al considerarme criado de aquella casa, temblé de indignación.

—No, señora, no quiero servir más. Soy soldado—repuse.—Sin embargo, estoy á las órdenes de Vuecencia para lo que guste mandarme.

—¿Con que soldado? ¿Y vas á la guerra? Dentro de un mes serás general,—dijo con punzante ironía.

—No aspiro á tanto. Quiero servir á mi país, y nada más. Con tal de que mañana pueda decir: «contribuí á echar de España á la canalla,» quedaré satisfecho.

—¿Y crees que España podrá echar fuera á la canalla? ¡Ah! yo no participo de la ilusión de esta buena gente. ¿Qué pasó el día 9 en el puente de Alcolea? Aquellos pobres paisanos, á quienes no se puede negar el valor, huyeron ante las tropas disciplinadas del General Dupont. En Córdoba tampoco se les opuso resistencia, y ¡qué horror, Dios mío! ¡qué tres días de angustia! Todos creíamos que los franceses entrarían con bandera de paz, porque la gente de Echevarri abandonó la ciudad, y los de aquí no trataban de hacer resistencia. Llegaron los franceses á la Puerta Nueva, y mientras las autoridades hablaban con ellos para darles entrada, de una casa cercana salieron algunos tiros. Furiosos los enemigos, después de derribar á cañonazos la puerta, desparramáronse por las calles de Córdoba, asesinando á cuantos se encontraban al paso y metiéndose en las casas para coger cuanto había. No

puedes figurarte lo que era aquello. Mudos de espanto y ansiedad estábamos todos aquí, atento el oído á los rumores de la calle, cuando sentimos que las puertas caían á golpes, y penetraba aquella soldadesca bestial, diciendo que se les entregasen todos los objetos de valor. El miedo nos impidió andar en contestaciones con ellos, y al punto les dimos alhajas, dinero, plata de mesa y cuanto había, deseando que se lo llevasen todo de una vez para no escuchar sus insultos. Mas luego bajaron á la bodega, sedientos de vino; no contentos con echar fuera las cubas pequeñas, bebían en las llaves de las pipas grandes, y dejándolas luego abiertas, corría el Montilla de setenta y cinco años, inundando las cuevas. Uno de aquellos salvajes pereció ahogado en vino. Pero al fin se fueron de casa sin cometer atrocidades de otra clase, y nos vimos libres de semejante chusma. En otras partes los horrores no pueden contarse. Robaron todo el dinero de la administración, toda la plata de los conventos, los vasos sagrados, los cálices, las custodias, las alhajas de las imágenes; penetraron también en los conventos de frailes, muchos de los cuales murieron asesinados; convirtieron en lupanar la iglesia de Fuensanta, y por tres días Córdoba no fué una ciudad, fué un infierno, porque todos los demonios, todas las maldades, sacrilegios y abominaciones cayeron sobre ella. Por las calles se les encontraba borrachos, llenos de inmundicia y revolcándose en el lodo, engullendo vorazmente la comida que sacaban á viva fuerza de las casas.

Los generales franceses, avergonzados de tanta bajeza, querían someterlos á palos; pero fué preciso emplear mucho rigor, y algunos hubieron de ser fusilados para que entraran en razón los demás. Por último, saliendo de Córdoba para Andújar, esos cafres nos han dejado en paz por algún tiempo. ¡Qué espantoso estado el de España! Y lo peor es que sucumbirá. ¡Qué días terribles nos aguardan! Quisiera yo tener las ilusiones de esta gente, y creer, como ellos creen, que con unas cuantas batallas ganadas por nosotros... y por cierto que no sé cómo será eso de ganar batallas, sin ejército, ni generales, ni dinero, ni nada... que con unas cuantas batallas se va á concluir todo felizmente. Hay quien sueña con ir á Francia, después de echar á los franceses, y traerse á Napoleón con un grillete al pie. ¡Dios quiera que no perezamos todos! ¡Dios nos dé valor para resistir la tormenta que se nos viene encima!... Aquí vivimos sin saber á qué santo encomendarnos. Casi no nos tratamos con nadie, y si tememos que Francia nos tome por exaltadas patriotas, más nos duele que los vecinos nos crean afrancesadas. Quisiéramos estar bien con todos, y que ni unos ni otros nos molestaran... Pero qué sé yo... creo difícil... ¿Y en Madrid qué tal se vive?

—¿Piensa usía volver á la Corte?

—¡Oh! sí... Pensamos marcharnos pronto, porque nos llama un asunto en que está interesada toda la familia. A ser por mí, ya estaríamos allá. No puedo vivir en Córdoba, y menos en el estado actual de la guerra. Esto

no es vivir. Si en Madrid no hubiese tranquilidad, nos iríamos á Bayona con toda la familia.

—¿Y ninguna de las personas de esta casa fué maltratada por la soldadesca francesa?— pregunté, deseando saber qué personas había en la casa.

—Ninguna: sólo mi tío el Marqués tuvo una contusión en la cabeza; pero recibíola al esconderse debajo de una cama, y lo hizo con tanto ímpetu, que se dió un golpe muy fuerte contra el suelo. Un amigo de casa, que nos visita todos los días, D. José María de Malespina, también recibió un ligero rasguño en la mano derecha al ocultarse detrás de un armario.

—¿Y las señoras? Oí decir que una sobrinita de la señora Marquesa... ó sobrinita de Su Excelencia, no estoy bien seguro, había venido de Madrid con objeto de acompañarlas.

—No, — contestó Amaranta, mirando al suelo.

—Pues entonces lo confundo yo con otra cosa. Paréceme que en Madrid lo oí decir al señor licenciado Lobo, aquel famoso escribano... pero no, seguramente se equivocó.

—¿Conoces tú al Sr. de Lobo?— me preguntó con inquietud.

—Ya lo creo; somos muy amigos. Le conocí cuando yo servía en casa de D. Mauro Requejo... y por cierto que el señor licenciado y yo tuvimos una cuestión con motivo de cierta jovencita... una infeliz, señora, una desgraciada chiquilla, huérfana de padre y madre.

—A ver, cuéntame eso.

—Pues los señores de Requejo, que eran dos

puerco-espines, martirizaban á la damisela. Yo tenía lástima de ella, y quise sacarla de allí... pero me fusilaron los franceses.

—¡Te fusilaron!

—Sí señora, y el Sr. de Lobo... pues... lo cierto fué que la niña desapareció.

—Ya... Cuéntamelo todo.

Con el mayor afán, con el interés más grande que durante mi vida he sentido por cosa alguna, empezaba yo á contar á la Condesa lo que sabía, cuando la entrada de dos personas me interrumpió.

Eran el diplomático y D. José María de Malespina, aquél por tantos títulos famoso, aunque retirado, coronel de artillería, de quien hablé cuando lo de Trafalgar. El primero me reconoció y tuvo la bondad de dirigirme algunas bromas.

## XII

—Sobrina—dijo el Marqués,—pronto tendremos aquí las tropas de Castaños. ¿Sabes lo que ahora le decía al Sr. de Malespina? Pues le decía que si la Junta de Sevilla me comisionara para entrar en negociaciones con los franceses, tal vez lograría poner fin á esta desastrosa guerra.

—¿Qué negociaciones ni qué ocho cuartos?—dijo con desprecio Malespina.—¡Oh! ¡S la Junta de Sevilla signiera el plan que imagi